

CAPÍTULO III.

EL MILANESADO.—ESPEDICION DE CÁRLOS VIII

El despotismo popular y la tiranía militar se habían sucedido en el Milanesado, que los Esforcias poseían como feudo imperial, para no reconocerse deudores de él á la eleccion de los pueblos, pero sin cuidarse de solicitar de los emperadores una investidura que conocían no necesitaban. El ducado comprendía, además del territorio de Milan, los de Cremona, Parma, Pavia, Como, Lodi, Placencia, Novara, Alejandria, Tortona, Bobbio, Savona, Albenga, Ventimiglia y el Genovesado, que proporcionaban una renta de 660,000 ducados de oro (1). Juan Galeazzo tenía el título de duque; pero nada más que el título, en atención á que su tío, Ludovico el Moro gobernaba por él. Ambicioso y astuto (2), estaba sostenido Ludovico por el partido gibelino que tenía á su cabeza á los San Severino. Pero cuando este partido se rebeló contra él y declaró la guerra al Milanesado, Ludovico el Moro le rechazó, se apoderó del castillo de Pavia y del tesoro, atrajo á sí toda la autoridad, y reformó el Estado como si le perteneciese. Aspiraba también á ser el amo en el nombre, suplantando á su sobrino. ¿Pero cómo podía esperar que los Estados vecinos le sufriesen, sobre todo, el rey de Nápoles de quien Juan Galeazzo era nieto? Era, pues, indispensable revolver el agua para poder pescar en ella con más seguridad.

Amenazados los príncipes italianos por los franceses, herederos de las pretensiones de la casa de Anjú, conocieron la necesidad de confederarse.

(1) CORIO, p. VII.

(2) *Estoit homme tres saige, mais fort craintif et bien souple quant il avoit peur (j' en parle comme de celluy que j'ay congneu et beaucoup de choses traicty avec luy, et homme sans foy s' il veoit son prouffit pour la rompre.* COMMINES, VII, 3.

Queriendo el Moro, que un acto público hiciese saber esta alianza á la Europa, propuso que los embajadores de cada uno de ellos se encontrasen en Roma en un dia determinado para las felicitaciones que debían dirigirse al pontífice, llevando la palabra el del rey de Nápoles en nombre de todos. No contento Pedro de Médicis, que era uno de los embajadores, con eclipsar con el lujo de su comitiva, quiso hacer ostentacion de su elocuencia florentina, lo que le indispuso con el Moro; no tardó además en notar que Pedro, desertando de la antigua alianza de los Esforcias, se unió al rey de Nápoles, que hacía el cargo al príncipe milanés de oprimir á su sobrino, reduciéndole hasta el estado de miseria en sus gastos personales. Había acariciado Alejandro VI al príncipe aragonés, con la esperanza de que diera en matrimonio á su hijo una hija natural de Alfonso, duque de Calabria. Pero engañado en su proyecto, y viendo que el rey fomentaba la desobediencia de Virginio Orsini, que colocado entre Viterbo y Civita-Vechia, podía abrir Roma á los napolitanos, se entendió con el Moro. Este supo hacer que Venecia concluyese también una alianza ofensiva y defensiva; y casando á su sobrina Blanca Maria, ricamente dotada con Maximiliano (1493), obtuvo en secreto de aquel emperador la investidura del ducado de Milan. Acostumbrado, sin embargo, á no contar con las promesas de los soberanos, sino en tanto que tienen interés en mantenerlas, conocía que tal compromiso no tenía valor real, y que sus aliados le abandonarían tan luego como les conviniese. Por lo mismo, jugando á dos manos buscó un nuevo apoyo en la familia real de Francia, á la cual los duques de Milan se habían unido con multiplicados matrimonios.

Cárlos VIII de Francia, 1483.—Al morir su padre iba á cumplir Cárlos VIII catorce años, á cuya edad los reyes de Francia salen de la tutela. La en-

fermiza salud, ó más bien los celos de Luis XI, que temía que su heredero no conspirase contra él como él lo había hecho contra su padre, le había precisado á tener á Cárlos VIII separado de los negocios y sin ninguna instruccion. No conocía, pues, absolutamente á los hombres, á quienes apenas había visto, y ni siquiera sabía leer ni escribir. Ascendido sin transicion al trono, humillado por su insuficiencia al entrar en la sociedad, se aplicó al estudio; pero tardamente y sin plan seguido. Apenas aprendió á leer, cuando se enamoró de César y de Carlomagno y quiso ser un héroe. Les igualaba sin duda en valor; pero le faltaba genio para combinar vastas empresas y constancia para proseguirlas á despecho de los reveses. Su hermana Ana de Beaujeu, encargada de la regencia, era una discípula excelente de su padre en el arte de fingir y en la inflexibilidad. Se ganó la opinion pública haciendo ahorcar á Oliverio el Gamo, llamado el Diablo, barbero de Luis XI, su ministro de Hacienda, su ángel malo, y haciendo mutilar y después desterrar á Juan Doyac, procurador general del parlamento y espía del difunto rey. Habándose reunido los Estados generales en Tours para organizar la regencia, el silencio que el terror del reinado precedente había impuesto, fué roto de repente (1484), estallaron las quejas y se habló de reunir las seis naciones de Francia, tanto se consideraba ya ser uno el país después de la estincion de la aristocracia. Proclamóse allí públicamente que el reino estaba exhausto, y que una larga paz era lo que podía restaurarlo: mas entonces empezaron cabalmente las grandes guerras.

Cárlos fué ungido; pero mientras que se divertía con perros, escolares, doncellas y menestrales, la dama de Beaujeu ejercía la autoridad suprema, á despecho de la oposicion de Luis, duque de Orleans, que hasta recurrió á las armas (1488), y concluyó por ser enteramente derrotado en la jornada de Saint-Aubin.

El matrimonio de Cárlos con Ana, heredera del ducado de Bretaña, produjo la reunion de este gran feudo á la corona; pero le indispuso con el emperador Maximiliano, cuya hija le estaba prometida. El emperador confió sus agravios al rey de Inglaterra, que aprovechando la ocasion con alegría, hizo alianza con él y desembarcó en Calais. El monarca austriaco, que se había puesto á sueldo de un soberano extranjero como un aventurero, se adelantó para pelear; pero no proporcionándole sus Estados el dinero necesario, le fué preciso permanecer en inaccion y tratar de la paz. Cárlos le devolvió el Franco Condado, el Artois, el Charolais y Noyers; pagó á Enrique VII 745,000 escudos de oro (8.000,000), y restituyó á Fernando el Católico, por escrúpulo de conciencia, el Rosellon y la Cerdeña, llave de la Francia por la parte de los Pirineos. Esto era destruir la obra de unidad, en la cual su padre había empleado tanto cuidado y esfuerzo. ¿Pero qué importaban estos

fraccionamientos á Cárlos VIII, que soñaba en la conquista del mundo?

Cárlos, duque del Maine, último heredero de la casa de Anjú, había instituido á Luis XI por su heredero, autorizando á los príncipes el derecho público de aquella época de disponer de los gobiernos como de su propiedad. Cárlos VIII concibió, pues, el proyecto de hacer valer sus derechos hereditarios sobre Nápoles y Constantinopla, con la idea de restablecer el imperio de Oriente.

Ludovico el Moro acarició aquella ambicion que secundaba sus miras, animándole á libertar á la Europa de los turcos y á conquistar el reino de Nápoles, como punto de partida para aquella expedicion. La empresa era fácil segun él; consistía en abrirle paso por Génova (3) y Lombardia, comprometiéndose además á proporcionarle armas y dinero. El papa debía favorecerle, al menos bajo cuerda, para vengarse de los aragoneses; los negociantes florentinos no desearían indisponerse con la Francia, donde tenían sus principales factorías. Tendría por amiga á Venecia, á quien los turcos daban por otro lado bastante qué hacer. Por su parte, gran número de barones napolitanos prodigaban sus promesas y escitaciones, que eran su moneda habitual. Era avara siempre la nobleza francesa de ejercer sus proezas (4) con la esperanza de ganar buenos feudos. La marcha de Cárlos debía dejar el campo libre á la dama de Beaujeu para ejercer un poder despótico; después se extendían profecías anunciando que Cárlos conquistaría, no sólo el imperio de Constantino, sino también el reino de David.

Reclutó, pues, tropas Cárlos, envió á tantear á las poblaciones y reconocer el país. «Vamos, decía, adonde nos llama la gloria de la guerra, la discordia de los pueblos y la ayuda de nuestros amigos.» Pero había agotado su renta primero por comprar la paz, después en dar espectáculos de justas (5) y fiestas á las damas de Lion «que son muy hermosas y graciosas;» (6) de tal manera, que titubeó si debía pasar adelante. Animado, sin embargo, por confidentes ambiciosos ó corrompidos, se procuró dinero á crecido interés, 50,000 ducados en Milan, 100,000 de los Saulis de Génova, y

(3) Génova estaba bajo el alto dominio de la Francia, y Galeazzo, investido de ella la ofreció al rey Cárlos. *Le seigneur Ludovic donne á aucuns chambillons du roi huit mil.*

(4) «Al francés le ha gustado siempre no tener las manos ociosas, así es que si no pelea contra el extranjero pelean entre sí. Así es que el borgoñon y el flamenco dicen de nosotros que cuando el francés duerme, el diablo le arrulla.» BRANTOME, *Disc. 89 sobre los coroneles generales.*

(5) «Aquel rey gentil no pensaba más que en proporcionar á las damas y á los señores, hermosos placeres y pasatiempos, bellos torneos á la usanza de Francia, que han sido siempre mejores que los de ningun otro país; juegos guerreros en los que él siempre escedía.» BRANTOME.

(6) Memorias de Bayardo.

Blanca de Saboya le prestó sus diamantes que empeñó.

No se dormían por su parte en Italia: Fernando atrajo al papa á su partido, concediendo á su hijo el objeto de su ambición, es decir, la mano de Sancha, hija natural de Alfonso, duque de Calabria. Como murió en medio de sus preparativos (1494), este último que le sucedió, encontró un tesoro bien provisto, un ejército y una escuadra en buen estado, y á una gran reputación de valor, unia la crueldad y perfidia necesaria para conseguir su intento. Al principio sostuvo la opinión que se tenía de él, escitando á los príncipes á defender la independencia italiana, fortificando el país, tanto por tierra como por mar, si bien es cierto que la primera tentativa de la Francia hacía el territorio de Génova no tuvo éxito.

Los italianos tienen la costumbre de considerar á los franceses antes de su llegada como libertadores, así es, que Juan Galeazzo esperaba que le libertarian del yugo de su tío. Los florentinos se prometían emanciparse, con su ayuda, del de los Médicis; Alejandro VI dar un principado á su familia; los venecianos humillar la casa de Aragón; los napolitanos libertarse de la tiranía extranjera; al paso que las gentes sabias creían bastante graves las circunstancias para temer el porvenir, sin preocuparse con los prodigios y conjunciones de los astros, que asustaban al vulgo y á los sabios.

Entre tanto Carlos VIII pasaba los Alpes con tres mil seiscientos hombres de armas; seiscientos arqueros bretones, otros tantos ballesteros franceses; ocho mil hombres de infantería ligera, todos gascones, armados de arcabuces; otros tantos albarderos suizos, en fuertes batallones de mil hombres cada uno. Todos los soldados franceses se reducían á una turba de miserables que merecían la horca, la mayor parte marcados en la espalda y sin orejas, por lo cual llevaban la barba y el pelo muy largo (7). Lo demás era una horda de bárbaros de todas razas, con un nuevo género de guerra, armas nuevas y de un valor ferz. Entonces se vió claramente la inferioridad de la organización de las milicias italianas, tanto por ser, gracias á su viciosa institucion, oficio de particulares más bien que disposicion pública, como por su mala artillería é infantería, su caballería pesada, sus máquinas difíciles de conducir y de manejarse, de modo que costaba mucho tomar las fortalezas, y las guerras duraban mucho tiempo. Mientras pe-

(7) «El ejército del pequeño rey Carlos VIII, causaba espanto verlo. De todos los que existían bajo las banderas y bandas de los capitanes, la mayor parte eran gentes de saco y cuerda, pícaros escapados á la justicia, y sobre todo marcados con la flor de lis en la espalda, desorejados y que ocultaban las orejas, con sus largos cabellos erizados, y sus horribles barbas, tanto por esta razon como por mostrarse más espantosos á sus enemigos. BREYER, *Discurso* 89, sobre los coronels generales.

learon italianos con italianos todos tenían iguales defectos; pero ahora no se trataba ya de bombardas que arrastradas por bueyes, lanzasen piedras contra los muros á largos intervalos, sino de ciento cuarenta cañones de grueso calibre, y de dos mil doscientas piezas de montaña llevadas á lomo ó arrastradas por caballos, y lanzando de continuo balas de hierro, contra las cuales las antiguas fortalezas no podían resistir. La táctica no iba ya á consistir en arrojar escuadrones unos contra otros, sucediéndose como en un torneo: estas tropas se batían simplemente por matar (con gran admiración y escándalo de los italianos) no solo los hombres, sino tambien los caballos; y la batalla de Bapallo, en la que perecieron cien combatientes, fué considerada como una horrible carnicería.

«Y sí, dice Commines, todas las cosas necesarias á la gran empresa faltaban á aquel ejército; porque el rey niño, aun débil, voluntarioso, poco acompañado de personas prudentes y de buenos jefes, sin tener ningun dinero contante... No tenían ni tiendas ni pabellones, y de esta manera comenzaron en invierno á entrar en Lombardia. Debe, pues, creerse que este viaje fué dirigido por Dios, tanto á la ida como á la vuelta, porque los sentidos de los conductores no servían de nada.» Después de haber atravesado la Saboya y el Monferato, quienes demasiado débiles y gobernados por niños, no opusieron resistencia, llegó Carlos á Asti ciudad francesa, como dependiente del duque de Orleans. En Turín, la duquesa salió á su encuentro, á la cabeza de sus damas de honor, «tan bien adornada, que no podía ser más.» La ciudad le ofreció espectáculos, y le regaló un caballo, que por cortesania lo llamó *Saboya*, y que montó constantemente durante toda aquella expedicion. Quiso tambien, á imitacion de Alejandro, que su cronista hiciese repetida mencion de él.

Encontró en Pavia á Juan Galeazzo, débil de cuerpo, y aun más de espíritu. Su mujer Isabel habia ensayado despertar su valor, y hacer que de nuevo intrigase; pero aquel pusilánime príncipe no sabia siquiera callar las tramas que ella urdía para su libertad. No le quedaba, pues, otro recurso que arrojarse á los piés de Carlos. Pero el Moro se habia anticipado (1494) presentando al rey *varias damas milanesas muy hermosas, con algunas de las cuales tuvo amorosas relaciones, y les regaló anillos preciosos* CORIO. Tal vez las *viruelas*, de que enfermó, fué la consecuencia. Pocos días después murió Galeazzo de una *fiebre venenosa* como dice un cronista; y Ludovico tomó el título de duque á ruego de todos los milaneses.

Los señores franceses, cuya generosidad se indignaba con semejante perfidia, exhortaron á Carlos á dirigir sus armas contra el Moro; pero prefería atacar á los aragoneses, contra quienes no tenía agravios reales, y se adelantó por Italia. De los florentinos, los desterrados se unieron á él; considerando los demás, hacia mucho tiempo á la Francia como protectora natural del partido gñel-

fo, se quejaban de ser impulsados por Pedro de Médicis á una guerra contraria á sus sentimientos é intereses. Pero cuando vieron los asesinatos é incendios que el ejército invasor sembraba en su paso, no se atrevió Pedro á resistir; fué el encuentro de Carlos (6 de noviembre), de quien obtuvo la paz, entregándole además considerables sumas, y Pisa, Liorna, Pietrasanta y otras plazas importantes. Estos actos arbitrarios hicieron crecer la indignación de los florentinos, y arrojaron á pedradas, declarando traidor y rebelde, á aquel que habia bajamente vendido á su país: despertóse entonces el entusiasmo patriótico por Pedro Capponi, por Francisco Valori y por el padre Savonarola. Carlos declaró á Pisa libre despues de ochenta y siete años de sujecion (17 de noviembre); así es que la estatua del rey libertador reemplazó en aquella ciudad á la del leon florentino. Después de haber hecho su entrada en Florencia, «armado él y su caballo, con la lanza sobre el muslo «en señal de victoria» (GUICCIARDINI). Carlos, pretendió tratarla como plaza conquistada. Habíase rodeado la señoría de los jefes de bandas; cada uno de los nobles y de los principales vecinos, habian llamado á los hombres del campo, de tal manera, que en el momento en que Carlos se lisonjeaba de hacer firmar la capitulacion, Pedro Capponi, á quien enseñaba los artículos, la rechazó orgullosamente, y exclamó en respuesta á sus amenazas: *¡Pues bien! Haced que toquen vuestras trompetas, vuestras campanas tambien tocarán*. Los franceses, cuyo furor se aplaca cuando encuentran resistencia, pensaron que tanto atrevimiento no podía proceder sino de grandes fuerzas; y desde entonces se prestaron á condiciones razonables. Vióse entonces, que aun no se habia estinguído el soplo de la libertad en el pueblo, puesto que pudo, sin la complicada política de los Médicis, obtener un convenio bastante honroso, aunque disfrazado bajo los términos de sumision.

Prosiguió Carlos su marcha hácia la Romaña, y los señores de aquella comarca, que se habia convertido en aventureros, después de haber assolado la Italia con sus ambiciones rivales, la arruinaban vendiéndose á las de otros, y siempre con las armas en las mano y divididos en facciones, habian ocupado plazas hasta las puertas de Roma. Cada uno de ellos hizo, pues, su tratado aparte, principalmente los Colonna, que se declararon por la Francia. Gritaba el populacho *¡Paz! ¡Paz!* Los napolitanos aliados emprendieron la fuga, y muchas personas, entre otros, Julian de la Rovere, exhortaba á Carlos á convocar un concilio y á deponer á un pontífice indigno.

Alejandro VI consiguió, sin embargo, ganarse la voluntad del rey. Tenia en su poder al príncipe Zizim, que tenía derechos al trono otomano. Bacyeto le habia pedido varias veces, aunque en vano, le entregara á aquel pretendiente, prometiéndole tesoros para él y sus hijos, y hasta ofreciéndole la túnica del Salvador. Grandes deseos

tenia Carlos de haberlo á las manos con el objeto de que fuera un pretexto para declarar la guerra al gran señor. No pudiendo darle una negativa Alejandro, le entregó aquel desgraciado príncipe, pero después de haberle hecho envenenar (esta fué, al menos, la noticia que circuló entonces), hizo después publicar en tres lenguas una indulgencia plenaria para el ejército invasor.

Después de haberse detenido Carlos un mes en Roma (1495), manteniéndose fortificado en el palacio de Venecia, acuñando moneda con el título de emperador y dejando que los suyos saqueasen y se entregasen á la lujuria, llamado por los barones, marchó sobre Nápoles. La ferocidad de sus guerreros, que en las plazas fronterizas esterminaba poblaciones enteras, y se cebaba en los hospitales cuando no encontraba otro pasto, habia abatido el valor de los italianos y paralizado sus medios de defensa, como cuando un asesino penetra con el puñal en la mano, en medio de una reunion de familia. Así es, que no mostrando «ni energia, ni valor, ni juicio, ni deseo de gloria ó de poder, ni fidelidad» (GUICCIARDINI), no sabian más que huir. Perdiendo Alfonso toda esperanza en medio de estos reveses, tomó el partido de retirarse y hacerse fraile. Fernando, su hijo, cuyas armas habian sido desgraciadas contra los franceses, en tiempo de su primera expedicion, viendo estallar por todas partes traiciones, insurreccionarse al pueblo, y al capitán Jacobo Trivulzio desertar de su servicio por el de la Francia, se refugió en la isla de Ischia, exclamando con el Salmista: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano se cansan sus defensores*. Carlos, más feliz que César, fué y venció antes de haber visto al enemigo; hizo su entrada en Nápoles con el manto imperial y el globo de oro (22 de febrero), para anunciar sus proyectos sobre Constantinopla. Proponíase en efecto, darse á la vela en Otranto para desembarcar en Valona, en la Alta Albania, donde los esclavones, los albaneses y los griegos debían tenderle la mano; el arzobispo de Durazzo habia reunido armas y tropas; en Tesalia, cinco mil hombres no aguardaban más que la señal. Pero los venecianos habian informado al sultan de los preparativos de su enemigo y de las tramas de sus súbditos, que las expiaron con sangre.

Sin embargo, una vez entrados los franceses en el reino, desplegaron toda la insolencia de una pronta victoria, indisponiéndose con los italianos que se vieron insultados, despojados y vilipendiados. Los mismos partidarios de los Angevinos, después de haberse lisonjeado con la esperanza de reponerse, no se libraban de los sufrimientos comunes. Ocupado Carlos en justas é intrigas amorosas, descontentaba á los nobles, abatiendo la jurisdiccion feudal, que habia permanecido entera en el país, y proponiendo franceses para el mando de la ciudad y de las fortalezas. Sus gentes, que habian encontrado dinero, mujeres y placeres, se abandonaban á toda clase de licencia; aniquilados después con

las orgías y henchidos de oro, aspiraban á volver á su patria para contar allí sus proezas, lo que para los franceses no es menos importante que verificarlas.

En el interin, todos los días llegaban malas noticias de fuera; y Carlos pudo saber, que una invasión que no es disputada no es una conquista, y que sólo la posesión asegura éstas.

En Florencia, después de la espulsion de los Médicis, la bailía quiso poner á la cabeza del gobierno á sus primos descendientes de Lorenzo, hermano de Cosme el Viejo, familia popular; pero otros, y en especial Savonarola deseaban la democracia. El crédito de aquel religioso, que no había cesado de predicar contra los Médicis, y amenazar á la ciudad con el mayor de los azotes, la dominación extranjera, se había aumentado considerablemente desde que sus profecías se habían verificado. Los *piagnoni* ó *frateschi* se hicieron superiores; eran sin duda demócratas, pero que se proponían por modelo á Venecia, cuya constitución era considerada entonces como una obra maestra en la que la moral, la religión y la libertad se encontraban reunidas á la vez. Los principales de los *piagnoni* eran Francisco Valori y Pablo Antonio Soderini, al paso que Guido Antonio Vespucci estaba al frente de los oligarcas, que tan acostumbrados á ejercer los mandos y las magistraturas, como deseosos de conservarlos, se les designaba bajo el nombre de *compagnacci* (malos compañeros) y *arrabbiati* (rabiosos) por sus vociferaciones contra la versatilidad é imprudencia de la plebe. Los *palleschi* ó *bigi* (grises) fautores de aquella familia, ó más bien opuestos á una reforma en las costumbres, se acercaban por momentos á los *piagnoni*, porque eran los adversarios de la bailía.

Este cuerpo había sido renovado según el antiguo método, es decir, por elección del pueblo reunido en la plaza; y entre los veinte escrutadores (*accoppiatori*) destinados á tener las bolsas, es decir, á hacer la elección, se había encontrado á Lorenzo de Médicis, como plebeyo. La autoridad quedaba de esta manera entre un pequeño número de individuos, que no pudiendo ponerse acordes, y procediendo á escrutinios sin fin, perdían toda su influencia. Savonarola, que fulminaba contra ellos, hizo al fin triunfar la proposición de admitir en la asamblea general á todos aquellos, cuyos padres, abuelos y bisabuelos habían gozado de los derechos de ciudadanos. Su triunfo estuvo exento de toda mancha; porque al declarar que hacía por primera vez las elecciones populares, el fraile proclamó una completa amnistía.

Pisa procedió también á una reforma, borrando las huellas de la dominación florentina. Montepulciano se emancipó igualmente. Pero aunque Carlos VIII no mostrase ninguna consideración á los florentinos y negociase con Pedro de Médicis, le permanecieron afectos, por sujeción de Savonarola, y no se atrevieron á tomar partido con los demás descontentos.

Habían en efecto incurrido los franceses en la aversión general en el resto de Italia, desde el momento en que se temió que quisiesen dominar allí. Satisfecha la ambición de Ludovico el Moro, pronto conoció que el trono no es un puesto donde se puede descansar: concibiendo recelos, tanto de los derechos que el duque de Orleans hacía valer sobre el Milanesado como descendiente de Valentina Visconti, como del favor que Jacobo Trivulzio, su enemigo, y los desterrados de Génova habían adquirido al lado de Carlos, pensó ponerse en guardia. Maximiliano se hallaba vejado en sus derechos imperiales, y Fernando el Católico temía las pretensiones de la casa de Anjú á la Sicilia.

Venecia, que no había querido creer al principio en la bajada de los franceses (8), se constituyó en centro de los descontentos, formó una liga entre ellos, tomó á sueldo á cuantos capitanes aventureros había en Italia (9), y llamó en su auxilio hasta los turcos; pero Carlos consiguió atajarles el paso, advertido de todo por el historiador Commines que, heredero de la política de Luis XI, velaba desde Venecia sobre las calaveradas del nuevo rey. Alejandro VI daba á Carlos palabras, en lugar de la investidura del reino de Nápoles, donde volvía á ondear la bandera de Aragón. El pueblo había concebido horror hacia aquella soldadesca disoluta, y cuyos latrocinios eran incesantes; hasta en Francia no se aprobaba una expedición que comprometía, por intereses privados y no por un objeto nacional, las fuerzas del país en el extranjero y su tranquilidad interior.

Pensó, pues, Carlos en volver á sus Estados dejando un virey en Nápoles y gobernadores en las plazas, lo cual, desmembrando su ejército, hacía la defensa del país imposible y comprometía su retirada. Habiendo atravesado á Roma sin atreverse á castigar la perfidia de Alejandro VI, entró en el territorio de los florentinos, que encontró sobre las armas. Savonarola, que le había conservado su fidelidad, le hizo un cargo con franqueza de su mala fe y de los excesos de su ejército, lo que le había hecho fracasar en la misión que Dios le había confiado, y le amenazó con el castigo del cielo. Pareció que había predicho la muerte del Delfín que acaeció pocos días después.

Batalla de Fornovo, 6 de julio.—Carlos, á quien los suyos evitaron que volviese á vender á Florencia la libertad de Pisa y Siena, después de haberla vendido ya á estas dos ciudades, abandonó

(8) Malipieri escribe: «La Señoría no ha querido creer nunca que los franceses viniesen á Italia; y el consejo de los Pregados, fijo en su idea, se resistía á dar crédito á los avisos que recibía de aquel reino... Parecía á la Tierra que no bajarían contra nosotros, y muchos creyeron lo que deseaban.»

(9) Malipieri da la lista de ellos *ad an.* 1495. Los capitanes llegaban á 63, á cuyas órdenes había cerca de 20,000 hombres, sin contar los soldados de á pie de la república.

la Toscana; pero los confederados italianos le cerraron el paso en Fornovo, sobre el Taro, con fuerzas numerosas. Tan inminente pareció el peligro, que nueve guerreros se vistieron como el rey para distraer los golpes dirigidos contra su persona, y él mismo hizo un voto á san Dionisio y á san Martín (10). Pero montados los italianos en caballos más débiles que los franceses, y cubiertos de armas más pesadas, caían á tierra en el choque, y una vez derribados, eran degollados por los escuderos; la infantería no podía resistir á los alabarderos suizos y á la furia francesa; además Trivulzio conocía la naturaleza de la caballería dalmata y epirota que formaba la fuerza de los venecianos; abandonó los bagajes á su avaricia; los *estradiotas* se arrojaron sobre aquella presa, los infantes les siguieron y pronto se completó la derrota (1495). No duró el combate más que algunas horas (11), pero fué muy sangriento, los franceses no daban cuartel, y se apresuraban á abrir por el vientre á sus prisioneros con la idea de que se habían tragado su oro para sustraerlo á la rapacidad del enemigo. De todos modos Carlos se consideró feliz con poder continuar apresuradamente su marcha á través del país enemigo, y en la época de los más grandes calores del estío. Una porción del ejército, que, bajo el mando de Luis de Orleans se había adelantado por el Milanesado, se encontró vigorosamente sitiado en Novara (12), allí sufrió todos los padecimientos del hambre hasta el momento en que Carlos, no pudiendo librarla con las armas, lo consiguió por las negociaciones. Así las cosas, engañados los suizos que tenía á su sueldo en su esperanza de conseguir botín, se arrojaron sobre el campo francés; con gran trabajo se salvó el rey recurriendo á la fuga, prometiendo medio millón de francos á aquellos amigos, más incómodos que si fueran enemigos.

(10) Llevaba siempre encima un precioso relicario con trozos de madero de la Sagrada Cruz, del velo de la Virgen, de la túnica del Salvador, de la esponja y de la lanza. Para mayor seguridad lo confió á su camarero, y cayó en manos de los venecianos, como también un devocionario en que había una oración manuscrita.

(11) «Este combate duró desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde.» Carta del proveedor á la Señoría, con fecha del 7 de julio. Malipieri da muchos pormenores. «En Bolonia se han encendido fogatas, repicando las campanas y gritado mucho en honor de san Marcos, por la victoria del Taro. En Venecia ha habido procesión, lo mismo que en Milan y en Florencia, para tributar gracias á Dios por un don tan grande... Y se ha tratado en el consejo de los Diez de construir un monasterio de frailes observantes en Fornovo, y de dar á la iglesia el título de Santa Maria de la Victoria, con 500 ducados de renta... El número de franceses muertos es de 4,000. El que entregue al rey muerto, tendrá 30 mil ducados y el que le entregue vivo en manos de los Proveedores ó del duque de Milan, 30 mil ducados y dos castillos. La apuesta sobre la vida del rey es á 400 partidas.»

(12) El duque de Orleans hizo acuñar allí la primera moneda obsidional de cuero.

Volvió á presentarse Fernando en Nápoles, donde el pueblo le deseaba porque no estaba allí; y los franceses fueron tumultuosamente asesinados por las calles. Próspero Colonna, Alfonso de Avalos marqués de Pescara, Gonzalo de Córdoba apellidado el Gran Capitán, hacían cada día más difícil la posición del ejército, que la peste, por aumento de males, diezaba las filas. En fin, no recibiendo socorros de Francia, se vió obligado á capitular (20 de julio).

Tal fué el desenlace de la expedición de Carlos VIII, expedición sugerida por una vanidad pueril, conducida locamente y terminada sin otro resultado que haber debilitado el ejército y las rentas. Los efectos fueron numerosos y deplorables para la Italia. Nunca la diplomacia había intrigado con tanta actividad; agriáronse los odios interiores y trataron de apoyarse en los extranjeros, que seguros de encontrar favor en el territorio italiano, fijaron sus miradas en aquella parte, con la idea de la conquista.

Murió Fernando II de Aragón á la edad de veintinueve años (1496), antes de haber perdido el afecto de los suyos; y tuvo por sucesor á su tío Federico, querido ya de sus súbditos, y que trató de extinguir en ellos los celos y los odios. Consintió Carlos VIII, mediante el pago de una suma considerable, en restituir á los florentinos las plazas que había ocupado; pero este hecho despertó los celos: los venecianos sostuvieron á Pisa (1496), y los combates continuaron entre aquellos que acababan de sufrir la guerra extranjera, con la ferocidad que habían aprendido.

Ludovico el Moro, que tenía á honor haber llamado y rechazado á los franceses con su astucia, castigado y respuesto á los príncipes aragoneses, premeditaba nuevos golpes; y con el objeto de continuar la guerra conservando sus ventajas, invitó á Maximiliano á ir á hacerse coronar. Este príncipe, que, siempre sin dinero y embarazado con sus propios negocios, amaba mezclarse á los de otro, prestó oídos á las sugerencias de su tío; pero llegó á Italia con tan pocas fuerzas, que no se encontró en estado de reducir á la obediencia á los que no quisieran sometersele: avergonzado él mismo de su impotencia, buscaba los caminos poco transitados, evitando las ciudades. Confederados los italianos contra Florencia, le proporcionaron algún dinero y tropas; pudo entonces pasar á Pisa y sitiar á Liorna, pero pronto se vió obligado á volver á Alemania, dejando de él en Italia una idea cada vez más desfavorable.

Pedro de Médicis, que no había sabido aprovecharse del favor de Carlos para volver á Florencia, ensayó entonces dos veces el conseguirlo con ayuda de los jefes de las bandas romañolas é inteligencias interiores. El gonfalonero, Bernardo de Nero y otros mas, acusados de haber tomado parte en la conspiración, fueron condenados á muerte (21 de agosto 1497).

Savonarola perdido.—Ay del partido liberal que

se ve precisado á recurrir á la efusion de sangre! Los piagnoni, que habian incurrido en esta falta, decayeron en la opinion. Savonarola pareció un intrigante, cuyas pasiones desmentian sus palabras, y que se habia estúpidamente anunciado como un enviado de Dios á aquel inconstante é imbécil Carlos VIII. Un crimen más grande pesaba sobre él: queremos hablar del atrevimiento con que reprendia los crímenes cometidos por la familia del pontífice, en la que se multiplicaban los escándalos, y un hermano daba muerte á otro por no tener rival en el amor de su hermana. Alejandro VI le formó, pues, un proceso de heregia, le prohibió la predicacion, y escitó contra él á los partidarios de los Médicis, los oligarcas y la envidia de las demás órdenes. Protestó el fraile contra la injusta condena de que era objeto (13), y continuó predicando, tanto más escuchado cuanto más los *compagnacci* se burlaban de él y los agustinos le lanzaban el anatema. Francisco de Pulla, fraile menor, le desafió á que probase la verdad de sus predicaciones con un milagro (14), ofreciendo entrar con él en el fuego, y estipulando que se debía creer á aquel que saliera sano y salvo. Puede juzgarse si la multitud acogiera con alegría la esperanza de semejante espectáculo. Savonarola se negó á esta prueba impia, pero Domingo de Pescia, su discípulo, se ofreció á sufrirla. Preparada la hoguera, exigió Savonarola que su campeon entrase con la hostia consagrada, pero los franciscanos se negaron á ello obstinadamente. Pasóse el día en estos debates, y por la tarde una lluvia á torrentes dispersó la multitud.

Decaído el entusiasmo, se convirtió en cólera y en deseo de venganza. Fray Gerónimo fué insultado; y la señoría pudo ya dejarle prender, y enjuiciar sin temor. Diéronsele por jueces quince de sus enemigos. Púsosele en el tormento, para hacer que se retractara de sus revelaciones como mentira; pero desmintió por el contrario las calumnias, y sostuvo que no se creía inspirado, que se fundaba unicamente en las Sagradas Escrituras, y que no era movido por la avaricia y por la ambicion, sino

(13) Savonarola escribió al papa Alejandro: *Dignetur sanctitas vestra mihi significare quid ex omnibus que scripsi vel dixi sit revocandum, et ego id libentissime faciam*, 20 de setiembre, 1497.

(14) Carlos VIII le habia dicho tambien: *hacédme un pequeño milagro*.

por el deseo de determinar la convocacion de un concilio, con el objeto de que se reformasen las costumbres, como en los tiempos apostólicos. Condenado al fuego con fray Domingo y fray Silvestre Maruffi, cuando el obispo declaró, al degradarlos, que los separaba de la Iglesia como herejes, *De la Iglesia militante*, añadió Savonarola, y espiró con la confianza de entrar en la Iglesia triunfante (23 de marzo).

No fué un asesinato religioso, sino un asesinato político; y mientras que era maldecido por algunos como un impostor y un demagogo, otros le veneraban como un santo. Viéronse de repente «aparecer escritos, pinturas significativas, medallas, donde estaba adornado con los títulos más gloriosos (BARTOLI).» Poco tiempo después, el pincel de Rafael le daba lugar en el Vaticano entre los doctores de la Iglesia: su retrato figuraba en Santa Maria la Nueva en uno de los vidrios en que está representado Cristo predicando y el nacimiento de santo Domingo. Catalina de Ricci le invocaba en sus oraciones; lo que fué causa de que, cuando se trató de beatificarla, se comenzó á discutir sobre la inocencia de fray Gerónimo, y San Felipe de Neri, que conservaba su retrato en su cuarto, rogaba á Dios que su memoria no fuese reprobada. No lo fué en efecto: léjos de esto, sus imágenes se extendieron y guardaron en las casas, así como las medallas donde se le designaba con el título de doctor y de mártir: en fin, durante dos siglos, en el día del aniversario de su suplicio, los mancebos sembraban de flores el lugar manchado con aquel acto de iniquidad (15).

(15) *La vida de Savonarola* por Burlamachi, fué publicada en 1764 en Luca, en las *Miscellanei del Baluzio* por Poggi, con una estensa apologia: habiéndole contradicho un florentino, empleó nuevos argumentos, y hasta comentó el proceso de Savonarola (t. IV, 525). Francisco Meyer de Jena ha publicado, en 1836, varias cartas de Alejandro VI, en que se habla de Savonarola como precursor y émulo de Lutero. P. J. Carle, en su *Historia de fray G. Savonarola*, Paris, 1842, lo convierte en un santo, presa de las malas pasiones de la época, en un mártir de la verdad y de la virtud. Ortodoxo en teología, moderado en política, atacó los vicios, que no saben nunca perdonar. Champollion-Figeac ha publicado en los *Documentos inéditos sobre la historia de Francia*, tom. I, p. 774, una carta de Luis XII á la señoría de Florencia, para obtener una dilacion á toda sentencia que se pronunciasse contra Savonarola antes de que el rey hubiese hecho conocer su opinion.

CAPÍTULO IV

LUIS XII.—LOS BORGÍAS.—JULIO II.

El día en que el juicio de Dios por el fuego debía hacerse en Florencia (4 de abril de 1498), Carlos VIII murió en Paris á la edad sólo de veinte y ocho años, dejando el recuerdo de un príncipe libertino, indolente, ambicioso y veleidoso. Tuvo por sucesor á Luis XII, que poco estimable como duque de Orleans, educado en el libertinaje y en los excesos, tal vez porque Luis XI, su suegro, hubiera deseado reducirlo á un estado de nulidad, cambió de naturaleza al ascender al trono, y protegió los derechos del mayor número, de tal manera, que fué apellidado el padre del pueblo, ó por una burla, que es en alabanza suya, padre de los villanos. Hablaremos en otra parte de lo que hizo por la Francia. Por lo que respecta á Italia, manifestó al tomar el título de rey de las Dos-Sicilias y de Jerusalem, y el de duque de Milan, la intencion de sostener sus pretensiones como descendiente de Valentina Visconti y como heredero del príncipe de Anjú (1). Fué impulsado á ello tanto por la política interior como exterior. La guerra se consideró siempre por los reyes de Francia como necesaria para deslumbrar, para ocupar fuera las fuerzas inquietas de la nacion, y proteger sus fronteras mejor que con fortalezas. Por otra parte, si Luis XII hubiera dejado subsistir las pequeñas potencias de Italia, éstas hubieran concluido por aniquilarle.

Entre aquellas potencias predominaba entonces Ludovico el Moro, de un carácter muy activo y con una alma muy baja, amaba las letras, y llamó á su corte á sabios é historiadores, formando con ellos una academia de bellas artes y ciencias; au-

mentó el edificio de la universidad de Pavia y comenzó en Milan el lazareto (1489), probablemente sobre los planos de Bramante. Este arquitecto que habia atraído á sí con fuertes pensiones, construyó entonces la tribuna, y cúpula de la iglesia de las Gracias, el vestibulo de San Celso, la iglesia de San Sático, y el claustro de San Ambrosio; al mismo tiempo Leonardo de Vinci pintaba su admirable cena en el refectorio de las Gracias, aplicaba en el nuevo canal de la Martesana los sostenes que se llaman conchas, fundaba una escuela de donde salieron los Luini, César de Sexto, Lomazo, Marcos de Ogiorno, Salaini y Boltraffi.

Incompleto tanto en sus buenas como en sus malas cualidades, Moro confiaba en su habilidad política para poder dirigir á su antojo los negocios de la Italia; mas espantado de las pretensiones de que no se habia inquietado cuando habia llamado á los franceses, acumulaba los tratos y las alianzas; trataba de impedir que los florentinos se uniesen á Venecia y le abandonasen á Pisa. Pero imitando los venecianos lo que habian altamente reprobado por su parte, no titubearon en arreglarse con el rey de Francia, reconociéndole como duque de Milan, mediante la cesion de Cremona y de la Geradadda. Por otra parte, con objeto de obtener aquel rey la disolucion de su detestada union con Juana de Francia, y poder casarse con la viuda de su predecesor, heredera de la Bretaña, adulaba á Alejandro VI.

La guerra no se hacia ya en Italia sino por los aventureros. Además del célebre Juan Jacobo Trivulzio, Baglione, Marcos Martinengo de Brescia, Galeazzo de San Severino, Appiano de Piombino, Carlos Orsini, Bartolomé é Alviano, Pablo Vitelli de Civita de Castello, que fué decapitado por traidor á los florentinos, tenian gran reputacion de valor. Ludovico el Moro tenia gran necesi-

(1) Luis, hijo segundo de Carlos V, se casó con Valentina Visconti de la que tuvo dos hijos, Carlos, origen de la casa de Orleans, y Juan, de la de Angulema, que sucesivamente llegaron al trono. Luis XII era hijo de Carlos.